



Mis enemigos muertos.

BONILLA, EL CONTABLE

Al principio yo no pasaba de opinar que Bonilla era un contable vulgar, hipócrita y chaquetero. Le tenía delante durante todo el horario de oficina, inclinado vergonzantemente sobre los balances y mostrándome la verruga de ocho quilates que señalaba el centro geométrico de su calva amarillenta; de vez en cuando levantaba la vista y me dedicaba una sonrisa inquietante, cuyo significado siempre me pareció de complicidad. El tío me era repugnantemente indiferente.

UNAS GOTAS DE ARSENICO Y SE ACABARON LAS DOLENCIAS



Una buena mañana chocaron en la entrada el gerente (138 kilos en canal) y Bonilla; el pie izquierdo de éste quedó convertido en una especie de pasta semejante al estropajo masticado, a pesar de lo cual tuvo que soportar una terrorífica bronca del gerente. Bonilla, con las lágrimas saltadas por lo del pie, se disculpaba entre reverencias y besamanos.

Desde entonces no pude mirarle sin pensar que no tenía lo que hay que tener.

Mucho tiempo después, el jefe puso de patitas en la calle a Damián, el secretario, por un simple capricho. Todos los de la sección protestamos indignados; aquella evidente injusticia era intolerable, y estaba claro que había que llegar al terrorismo casero con tal de que fuese reparada. Fueron días de tensión e incertidumbre, durante los cuales Bonilla se desmarcó con sospechosísima facilidad; desaparecía en los momentos más decisivos alegando inoportunos retortijones de colon descendente. «Esto me huele mal», pensé. Y se lo dije.

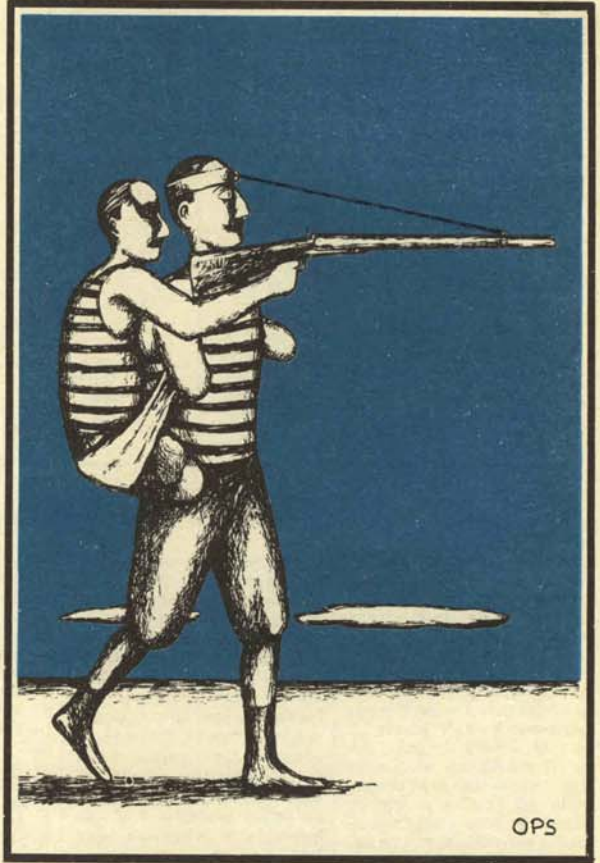
—Bonilla —le dije—. Esto me huele mal.
—Sí —contestó cínicamente—. Es una diarrea de esas malas.

Estuve a punto de escupirle; era un ser abyecto y despreciablemente cobarde. No volví a mirarle a la jeta.

Sin embargo, hace unos días me di cuenta de lo equivocado que estaba con el tal Bonilla; el gerente le sacudía un rapapolvos de los que hacen época, cuando cometió un error: le mentó a su madre. ¡Nunca lo hubiera hecho! A Bonilla le empezó a subir un feo color cianótico, surgieron chorros de vapor de sus orificios nasales, le crecieron los premolares hasta la barbilla y se le rizaron los pocos pelos que tenía. Transformado en hombre-lobo, se abalanzó sobre la humanidad del gerente empuñando un abrecartas. Veintidós veces se lo hundió entre el esternón y el ombligo.

El nuevo contable es de Orense y simpático. A Bonilla le dieron garrote esta mañana.

EL JEFE DE LA BANDA



OPS



FRAUDE A LA HISTORIA



Fuentes oficiales han desmentido categóricamente que Flash Gordon fuese quien se batiera con los infantes de Carrión después de que éstos ultrajaran a las hijas del Cid. Tal honor, añaden dichas fuentes, correspondió a Pedro Bermúdez y a Martín Antolínez, españoles por los cinco costados.

El bulo lo ha hecho circular el propietario de un puesto de periódicos, llevado por un desmedido afán de lucro y debido a su poco respeto a los dogmas históricos. Según confesión propia, pensó que al propagarse la noticia, el interés y la admiración de los vecinos de su barrio hacia Flash Gordon aumentarían de tal modo que harían incrementar espectacularmente la venta de los fascículos que semanalmente se editan con las aventuras del popular personaje. Al desaprensivo vendedor le han sido confiscados quinientos mil fascículos que guardaba para atender la demanda de ejemplares.

Los descendientes de Pedro Bermúdez y de Martín Antolínez han manifestado su intención de demandar al citado individuo. En este mismo sentido se han expresado los discípulos de don Ramón Menéndez Pidal, ya que la seriedad de sus investigaciones cidianas habría llegado a quedar en entredicho.

Para combatir la facilidad con que este tipo de bulos toman cuerpo, el Ministerio del ramo se propone editar quinientos ejemplares del Poema del Mío Cid, que serán repartidos gratuitamente.

KRAP